

retorcido bigote de Juan, la miel de oloroso caramelo. Por la noche, temprano á casa, á saborear las delicias del hogar, en



grata conversación, ó á leer periódicos de toda clase de ideas, pues Juan opinaba que el hombre debía saber de todo. Su esposa Luisa le reprendía, ora con dui-

MAÑANA

I

Era Juan un hombre de bien, á lo menos lo aseguraban cuantos le conocían. A las ocho de la mañana asistía á las oficinas del Gobierno, donde desempeñaba alternativamente distintos empleos, según las cesantías, pues Juan había nacido (así lo decía él con amarga tristeza) para suplir las faltas de todos. A la una á comer. En casa le esperaban, siempre afables, una bella esposa y una encantadora hija, que quince minutos antes de la hora, corría de la puerta á la ventana, y de ésta á la puerta para salir al encuentro de papá apenas le divisaba. Frecuentemente las lágrimas del buen padre caldearon sus mejillas al sentir un tronado beso de su hijita, que más de una vez dejó sobre el

zura, ora con energía, pero siempre en vano.

—Desde que te juntas con los herejes, le decía, refiriéndose á los furiosos secretarios que no faltan en los puestos públicos, lees periódicos malos y pecas, Juan, pecas indudablemente. El cura dice, y bien sabido lo tiene, que esos malditos papeles envenenan el alma, y es tan cierto, que desde que te casaste, no te has vuelto á confesar. Pascuas van y pascuas vienen, y tú en tus trece.

—Mañana, hija, mañana. Tal era siempre la contestación de Juan, que enemigo de domésticas disputas, á nada contradecía; pero los nocivos periódicos siempre sobre el escritorio ó colgados de ganchos de alambre en la pared del cuarto.

Fuera de estas nubecillas ningunas otras entoldaban el cielo de aquel hogar. El sueldo de Juan cubría modestamente las necesidades de la familia, y si no había holgura, tampoco escasez.

—¡Qué pareja tan feliz, qué niña tan hermosa!, decían los vecinos al ver los domingos temprano á Luisa del brazo de Juan y delante de ellos á la graciosa Maruja con su librito y rosario en la mano, todos en traje dominguero, dirigirse á la iglesia parroquial para asistir á misa.

El hombre honrado llamaban á Juan

algunas esposas al verle llegar todos los días á la casa á la oración de la noche. Aquel marido no reñía á su esposa, trabajaba, no tenía vicios, iba á misa los domingos y días de fiesta religiosa y amaba á su Maruja con toda el alma. ¿Qué más podía desearse?

Si hubiera estado al arbitrio de algunas pobres mujeres del barrio, que con los rostros pegados á los hierros de las ventanas oían cantar el gallo más veces que San Pedro, sin que el ausente esposo se condoliera de ellas, canonizarían á aquel honrado vecino.

En cierta ocasión (era un cinco de Febrero), que los amigos y conocidos de la familia de Juan le vieron muy erguido y peripuesto, desfilar en la procesión cívica, empuñando el estandarte de una asociación mutualista, algunas devotas murmuraron entre dientes, y una de ellas aun se santiguó al ver en los bordados del estandarte signos que á ella le parecieron masónicos; pero las contuvo la terminante declaración de la más desvelada de aquellas mujeres, que afirmó, hasta con juramento, que Juan era un santo, mientras al esposo de la declarante, si no se corregía, llevaríanselo todos los diablos. Aun Luisa al ver ese día á su caro Juan, frunció el ceño, pero perdonóle aquel pe-

eado (el de portar el estandarte con escuadra y compás) en gracia del donaire con que lo llevaba. No contribuyó poco á la indulgencia de la esposa, la rubia Maruja, que aplaudía á papá con todas sus fuerzas clamando: ¡qué bonito está papá!

De tarde en tarde el señor cura visitaba la casa de Juan, quien le recibía siempre con afabilidad. Tolerábale alguna que otra chanzoneta que el sagaz párroco le dirigía para sondear su corazón. Las miradas de Luisa y del sacerdote encontrábanse frecuentemente. Un buen observador hubiera descubierto entre ellos secreta alianza; sin duda conspiraban para vencer la apatía de Juan en arreglar su conciencia. Cuando el cura, con finísima discreción y diplomacia llegaba al punto deseado, estrellábase su apostólico celo ante la fría respuesta de Juan:

—Mañana, padre, mañana; pero ese mañana no llegaba nunca.

Juan no era impío. Creía, según repetidas veces había dicho al señor cura, todos los dogmas de la Iglesia Católica. Nunca faltaba su donativo para el monumento del Jueves Santo, y alguno que otro domingo, dejaba caer casi á hurtadillas, un vigésimo en el plato del monaguillo que colectaba la limosna.

¿Cómo estaba la conciencia de Juan? Su esposa le vió una vez estremecerse al abrir un vetusto libro del P. Parra: "Luz de verdades católicas," que encontraba en el escritorio, en el buró, en la mesa del comedor, en las sillas de la sala, en todas partes. No parecía sino que aquel tremendo libro habíase convertido en la sombra de Juan, y, ¡extraña coincidencia! abríale siempre en la misma página, y aunque quitara la señal en ella puesta, en la próxima ocasión volvía á encontrarla donde mismo, y leía á su pesar, aquellas terribles palabras de la Sagrada Escritura: "Me buscaréis y no me hallaréis y moriréis en vuestro pecado."

II

¿Por qué se estremecía Juan? El no era reo de ninguno de esos grandes crímenes que roen terriblemente y sin cesar la conciencia. Era honrado á carta cabal, de esos hombres de bien que abundan en este miserable mundo; basta que no hagan nada pública y notablemente malo para que sean tenidos poco menos que por santos, aunque dejen á Dios el último lugar. Tal era Juan. ¿Robar? ¡Imposible! ¿Dónde iría á dar su bien sentada fama? Uno que otro peso de más en las cuen-

tas por supuesto gasto ó por estudiada equivocación, siempre que la nómina estuviese bien aritméticamente, no valía la pena de tomarse en consideración ni de que remordiese la conciencia. Eran esas faltas, según Juan, "pecata minuta," con una poca de agua bendita quedaban perdonadas.

Tampoco valían la pena las maliciosas sonrisas del empleado público cuando sus colegas, entre cínicas obscenidades, destrozaban la honra de respetables personas. Qué tiene de particular una sonrisa, decía Juan; y si la conciencia gritaba, él respondía encogiéndose de hombros: Vaya, eso lo dicen todos.

Verdad es que varias veces, por ausencia de su superior había firmado injustas órdenes de aprehensión emanadas del espíritu sectario, pero eso eran exigencias del puesto que interinamente ocupaba, y de ninguna manera cosa de Juan, que era tan católico como Ripalda. Allí se las habían ellos, decía, cuando la conciencia le citaba á juicio; y ese ellos se refería á los empingorotados directores de la política.

Tiempo hacía ya que Juan, con maña, había dado á entender á su superior que los servicios por él prestados en distintos é importantes empleos, hacíanle merecedor de obtener en propiedad uno bueno

El prócer no recibió mal la solicitud del pretendiente y aun le dió una palmadita en el hombro, llamándole Juanillo. Aquella palmadita súpole á gloria: era una esperanza, quizás un porvenir.

Pasados algunos días, el encopetado prócer ofreció á Juan un cigarrillo y conversó con él familiarmente. El asunto marchaba á pedir de boca y Juan juzgó que no sólo obtendría en propiedad el anhelado empleo, sino que sería éste de los mejores. Al despedirse con la mayor cortesía posible, su amo puso en las manos de Juan un folleto.

—Lea usted, le dijo. Es el catecismo de una Sociedad de beneficencia; los que á ella pertenecemos, nos ayudamos siempre, y yo quiero que usted pertenezca á tan benemérita Asociación.

Cogió Juan, trémulo por la emoción, aquel cuadernillo y, turbado, repuso:

—Gracias.

En la noche no pudo conciliar el sueño, pero se guardó bien de decir á su esposa lo que le había pasado. La exaltada imaginación del empleado veía escuadras, compaces, mandiles, y de vez en cuando, aparecía de súbito ante sus ojos el templo donde había hecho su primera comunión. Veía aquel limpio altar blanco y oro sobre el que se elevaba ensangrentado y

con los brazos abiertos, el Santo Crucifijo, y Juan temblaba medroso. Parecía aspirar el suave perfume que embriagó su alma el memorable día en que dió albergue dentro del pecho á Dios oculto bajo las sacramentales especies. Veía el zaguán de la casa paterna regado de flores, y esplender en el semblante de sus padres la alegría de los ángeles. Maquinalmente púsose de hinojos como para recibir la paternal bendición. Imaginóse que de los labios del anciano que había salvado ya la frontera del tiempo y llegado al océano sin lindes de la eternidad, salían estas palabras:

—Reconciliate con Dios.

Y Juan, fatigado, nervioso, clamaba:

—Mañana, padre, mañana.

La luz de la aurora disipó los fantasmas de la noche, y Juan recobró la tranquilidad. Cuando después venía á su memoria el recuerdo de aquella noche, proponíase confesarse, pero no cumplía su propósito.

Pasados algunos días, preguntóle su superior si había leído el catecismo masónico.

—Sí, señor, contestó Juan.

—¿Seréis de los nuestros?

—Sí, señor,

—¿Cuándo?

—Mañana.

Con esta misma contestación iba aplazando su ingreso á la masonería, y entretanto, no sólo no mejoraba de empleo, sino que presentía que iba á perder el que interinamente desempeñaba.

El primer obstáculo que se presentó ante Juan para afiliarse en la secta masónica, fué su religión, pues Juan era, en efecto, católico, y repugnábale una secta condenada por la Iglesia; pero poco á poco fué disipándose aquel escrúpulo en la atmósfera que le rodeaba y con la esperanza del medio. Dios sabe, decíase, que si accedo á las instancias de mi superior, no es por ofender á su Divina Majestad, sino por mi familia. Soy padre, tengo esposa é hija, por otra parte, no creo nada de esas ridiculeces de que circunstancialmente nos habla Taxil.

El segundo obstáculo era la esposa de Juan, su amable Luisa, tan buena y piadosa, que no había cometido más delito que amar demasiado á su esposo. Va á extrañarme, pensaba, las noches que tenga que asistir á las tenidas, y entre ella y el cura averiguarán la verdad en un santiamén, estoy seguro. ¡Si leen en mi pensamiento y nada puedo hacer sin que lo sepan! Animábale, sin embargo, la esperanza de que con bien estudiados pretextos, asis-

tiría muy pocas veces á las tenidas, y con estos pensamientos pasó varias semanas.

La mirada del amor suele ser más penetrante que la del genio. Luisa adivinó hasta en el más ligero pormenor la lucha que sostenía Juan, participóselo al cura y una noche emprendieron contra aquél formal campaña.

—Prefiero la miseria, Juan, antes que tu apostasía, clamaba la esposa con indecible aflicción. Trabajaré mucho, mucho, y Dios bendecirá mi trabajo. El pan más duro será ablandado por mis lágrimas; los besos de tu hija y el afecto de tu esposa llevarán á tu corazón más gozo y consuelos más puros que todas las riquezas de la tierra.

Juan lloró como un niño y juró por todos los santos del cielo que al día siguiente, muy de mañana, se confesaría lo mejor que pudiera y que al cumplir la quincena renunciaría su empleo.

El experto cura le instó para que la confesión se verificase inmediatamente, y quizás hubiera conseguido vencer la obstinación de Juan, pero fué llamado con urgencia por uno de sus feligreses que estaba en artículo de muerte y quería recibir los auxilios espirituales. Despidióse de Juan, prometiendo volver esa misma noche.

El señor cura no volvió y los esposos, terminado que hubieron la cena, retiráronse á sus habitaciones, ambos pensativos. Ninguno pudo conciliar el sueño. Juan estaba impresionado; Luisa, á pesar de la formal promesa de su esposo, hallábase medrosa, presentía algo horroroso. Hasta la inocente Maruja dormida sollozaba y se estremecía junto al regazo de su madre.

A la madrugada Juan quedóse dormido, y fué necesario despertarle porque se aproximaba la hora de entrar á la oficina. Pálido y ojeroso se levantó, vistióse aceleradamente, contra su costumbre arregló su "toilette" en un minuto, mal se desayunó y despidióse cariñosamente de su esposa, reiterando su promesa del día anterior.

Luisa quedóse muy inquieta: el señor cura no había vuelto, y apenas salió Juan, envió al curato urgente recado al señor cura.

¡Con cuánta impaciencia esperó la vuelta del criado! Mas ¿cuál sería su aflicción al saber que el virtuoso sacerdote había amanecido enfermo y por prescripción del médico no saldría de casa?

Este incidente hizo que Juan, no obstante los ruegos de Luisa, difiriera el arreglo de su conciencia hasta que se res-

tableciese el señor cura. Pasaron muchos días, la salud del sacerdote mejoraba paulatinamente y el tiempo iba borrando del corazón de Juan las pasadas impresiones, hasta disiparse la tristeza que por algunos días sombreó su frente.

III

Terminó la quincena y Juan no renunció su empleo; era preciso esperar á conseguir un destino cualquiera, y el señor cura habíase comprometido, bajo palabra de honor, á colocar á Juan, y ya se sabía que aquel santo anciano era esclavo de su palabra. Luisa condescendió, aunque con repugnancia, á que su marido siguiera en su empleo por otra quincena.

Un día, apenas llegó Juan á la oficina, le habló el superior, puso en las manos de aquél el nombramiento que le colocaba en lucrativo puesto; sólo faltaba la firma. Juan se deshizo en frases de agradecimiento hacia su bienhechor; mas éste, por única respuesta le dijo:

—No hay ya entre nosotros ni superior ni inferior; hoy mismo seremos hermanos. Propuse á usted para socio de la logía "Inmortal," y hoy mismo será la recepción de usted. Hoy comeremos juntos, en-

vie un recado á su casa para que no le esperen.

Juan inclinó la cabeza é iba á salir, cuando le detuvo su interlocutor.

—Espere usted, le dijo, aun no firmo; y en presencia de Juan firmó, rubricó y selló el documento que el empleado, atónito, tenía aún en la mano.

Entretanto, la graciosa Maruja, pegada á los hierros de la ventana de su casa, se impacientaba de la tardanza de su papá, y Luisa, con mucha inquietud, daba constantemente vueltas á la puerta de la calle. Un mozo detúvose ante ella, saludóla y le dijo:

—De parte del señor don Juan aviso á usted que no le esperen á comer, pues un negocio muy urgente le impide venir.

—¡Que no viene Juan! ¿Dónde está Juan? Y la pobre Luisa abrumó al criado á preguntas, sin poder averiguar nada.

—¿No viene papasito? exclamó Maruja, asiéndose á dos manos de la falda de Luisa.

—No, hijita; pero vamos á traerle; y esposa é hija salieron de la casa.

Luisa comprendió dónde se hallaba Juan y sin vacilar; dirigióse á la casa de su superior en la oficina, pero supo que ni éste ni aquél habían ido en todo el día. Triste, cansada, con su hija en brazos y

sin haber probado alimento, regresó á su casa á la oración de la noche, después de haber buscado á su esposo por todas partes.

Era la media noche cuando llamaron á la puerta de la calle; Luisa se estremeció, oyó que abrieron y penetraron hasta el fondo de su corazón las voces de gente que acompañaba á Juan. Oía frases de congratulación. Desvistióse aceleradamente, metióse en la cama y fingió dormir.

Nada le diré hoy, pensó; pero mañana saldremos de aquí para no volver jamás.

Sintió á Juan acostarse, oyóle despedir al mozo diciéndole que no cenaba; que había comido ese día mucho más de lo que acostumbraba, y pasado un rato, parecióle que dormía y aun creyó que soñando le decía Juan: mañana, Luisa, mañana.

La fatiga, la desvelada, rindieron á Luisa y quedóse profundamente dormida.

Entraba ya de lleno el sol en la alcoba de la afligida esposa, cuando pálido aun y con las huellas de reciente enfermedad, llegó á la casa el señor cura.

—Ave María, dijo, ¿dónde está esa gente? Mi primera visita es para ustedes.

—Allá voy, allá voy, contestó Luisa, que despertó á la voz del sacerdote. Este

en pie, junto al escritorio, abrió el libro del P. Parra, y encontróse con aquellas tremendas palabras: “Me buscaréis y no



me hallaréis y moriréis en vuestro pecado.”

De repente oyó en el cuarto de Juan un grito de dolor, abre de un golpe la puerta,

se precipita dentro y Luisa tras él. Esta, al ver á su esposo, cae por tierra presa de indecible angustia. Juan, frío, rígido, amaratado, con la mitad del cuerpo fuera del lecho, habia dejado de existir.

Maruja soñaba á su papá como le habia visto aquel 5 de Febrero, y murmuraba semidormida: ¡Qué bonito está papá!

El ministro de Dios quedó como petrificado, mudo por el dolor y la sorpresa, y cuando volvió en sí, dos raudales de lágrimas brotaron de sus ojos y maquinalmente repitió aquellas terribles palabras: "Me buscaréis y no me hallaréis y moriréis en vuestro pecado."



LA CASA DE LOS ESPANTOS

I

Muchos años ha, según refiere una tradición, habia en cierta calle céntrica de México un caserón, cómodo, de antigua arquitectura y que producía á su dueño pingües rentas. El vecindario dió y tomó en que en aquella casa habia espantos, y en breve fué desocupada. Los pocos solicitantes, al saber que espantaban, devolvían las llaves á toda prisa. El propietario que, como el noventa y nueve y tres cuartos por ciento de los descendientes de Adán, amaba el dinero con entusiasmo cariñoso, entristeciéndose sobremanera por la disminución de sus rentas.

Bajó el precio del alquiler, puso llamativos anuncios en los balcones y mandó publicarlos en los periódicos de más cir-